

Estampa de un Gran Cubano

POR ANGEL AUGIER

El siglo XIX, nuestro siglo de oro, fué para Cuba pródigo en hombres de superior jerarquía intelectual y patriótica. Cada personaje de los muchos que contribuyen de manera relevante a forjar la historia de la nación cubana, presenta caracteres propios, rasgos inconfundibles, méritos singulares en una u otra actividad del espíritu y del pensamiento, pero todos a su vez aparecen esculpidos en la recia materia histórica de la época ingente que les tocó vivir y del pueblo combativo de cuya entraña surgieron ansiosos de progreso y de libertad.

Entre tantos cubanos insignes, Esteban Borrero Echeverría se destaca con perfiles muy peculiares. Hace cien años, el 26 de junio de 1849, nació en Camagüey, apenas unas semanas después del nacimiento de otro ilustre hijo de Cuba, Enrique José Varona, al que estuvo ligado desde la adolescencia por lazos fraternos de amistad y de comunes devociones patrióticas y artísticas, por idénticas aspiraciones surgidas en la ciudad natal y prolongadas luego en los exigentes afanes de la vida habanera.

Cuanto se han asomado a esta interesante vida cubana, la señalan como uno de los más altos ejemplos de la voluntad humana puesta al servicio de su propia superación, pero no en función lucrativa, sino en generosa función social. Desde los más modestos estratos de la colonia, luchando contra toda clase de adversidades, erigiéndose ante todos los obstáculos, Borrero llegó a crearse una fuerte personalidad literaria y científica, transida de ansias de ser útil a su pueblo y a la humanidad en cada una de las disciplinas a la que se consagró en cuanta actividad pública pudo desarrollar.

Sólo contaba Borrero dos años, cuando su padre, don Esteban de Jesús Borrero, poeta y patriota, les dejó a él y a sus dos hermanos poco menos que huérfanos, pues tuvo que abandonar la Isla y emigrar a los Estados Unidos, por estar complicado en las conspiraciones con que por entonces se iniciaban las luchas por la independencia. Allí, en la humilde escuela hogareña en que su madre Ana Echeverría, maestra improvisada, libraba el penoso subsistir, hizo Borrero su aprendizaje de primeras letras y de dignidad. Conoce desde pequeño los dolores de su pueblo, las desventuras de la patria, en su propia carne, y ya queda marcado para siempre por el ejemplo paterno en su rebeldía contra el régimen colonial y en su devoción a los anhelos e ideales independentistas.

Su inteligencia es clara y fuerte su voluntad: con esos elementos vence las dificultades materiales que se interponen a su tierna ansiedad.

A los 14 años puede terminar sus estudios primarios en la Escuela Municipal con brillantes notas, pero ya desde antes se ha consagrado a auxiliar a su madre en la escuela, y además obtiene clases nocturnas para adultos. El niño-maestro no sólo ha adquirido los conocimientos indispensables para encauzar sus afanes de superación y la facultad nada común de transmitirlos fácilmente a sus semejantes: escribe versos y tiene ocasión

de frecuentar a esa edad a los enciclopedistas franceses, y lee a Voltaire y Rousseau, y a Hugo y Goethe, y a Shakespeare y a los clásicos castellanos, y su mente y su espíritu han encontrado horizontes desconocidos. El ambiente de pa-



BORRERO

triotismo en que ha crecido, el tenaz recuerdo del padre ausente y esas lecturas decisivas le han capacitado para ser algo más que un simple profesor, y con el entusiasmo de su espléndida juventud hace de su humilde magisterio provinciano influyente cátedra de civismo, enseñando a sus alumnos la doctrina de la libertad.

Por eso cuando surge el movimiento revolucionario de 1868, no es extraño que acuda a cumplir su deber en compañía de algunos de sus alumnos, respaldando así, con su acción, los ideales que había predicado. La madre heroica le

acompaña a la manigua y allí, ambos, apretados en un común anhelo redentor, luchan juntos y fundan escuelas en pleno campo insurrecto: una en El Ecuador de Najasa y otra en Las Guásimas.

Después de participar en numerosos combates —entre ellos el de Victoria de las Tunas—, con ejecutoria tan efectiva que le vale conquistar el grado de capitán, cae prisionero, enfermo, y su regreso a Camagüey es como el encierro en una inmensa cárcel: se le somete a constante vigilancia, se le impide volver a su magisterio, se le cierran a Borrero las puertas a donde acude en demanda de trabajo. Pero no se amilana y se hace zapatero —oficio que aprendió elementalmente en el campamento— y además consigue un humilde empleo de repartidor de pan.

Es en esa época que conoce al joven Enrique José Varona, quien recuerda que "así lo conocí: vendiendo de puerta en puerta el pan para el cuerpo, el que estaba destinado a dar después generosamente tanto pan espiritual a sus compatriotas!". Trenzaron una amistad tan estrecha, que años después Varona, en la eminencia de su magisterio, habría de afirmar de Borrero: "Fué el amigo a quien más quise y el hombre de más talento que he conocido".

La vida se le hizo imposible a Borrero en Puerto Príncipe, y decidió trasladarse a La Habana sin más recursos que su incontrastable voluntad y su firme impulso superador. Entonces comenzó esa etapa áspera del autodidacto en un medio hostil y desconocido, debatiéndose contra todo tipo de adversidades. Ofrece clases privadas, logra una plaza de maestro en una pequeña escuela, y aunque sus ingresos apenas le alcanzan para cubrir sus necesidades más indispensables, estudia sin cansancio, cultiva la literatura en sus diversos géneros, realiza investigaciones científicas importantes. Y así, a través de sacrificios sin cuento, logra graduarse de Doctor en Medicina en la Universidad de La Habana, en 1879.

Versos, artículos literarios y científicos, colaboraciones diversas, aportó Borrero a la *Revista de Cuba* de Cortina y a la *Revista Cubana* de Varona, las dos publicaciones que recogieron durante cerca de 20 años lo mejor del pensamiento cubano de finales del siglo. Casado con Consuelo Pierra y Agüero, trasladóse con su pequeña familia a Puentes Grandes, de donde había obtenido la plaza de médico municipal en reñidas oposiciones.

Si la obra de Borrero, dispersa en las principales publicaciones de la época, no bastara como testimonio indubitable de su talento múltiple, vertido al mismo tiempo en las expresiones de la belleza artística como en las indagaciones de la ciencia y la filosofía; si no bastara ese cálido aliento humano de sus escritos, ahí están las exégesis de sus contemporáneos, que jamás escatimaron elogio para el hombre y el escritor, que nunca vacilaron en reconocer la eminencia singular de D. Esteban Borrero.

La obra humana, física, de Borrero es tan interesante y admirable como la escrita: sus hijas continuaron, al calor de su magisterio, la tradición de cultura de la que el padre fuera expresión tan calificada: Juana Borrero, poetisa y pintora, es una de las figuras más sugestivas de nuestro parnaso. Y Dulce María, y Ana María, y Lo'la María, y Consuelo, y Elena y Mercedes Borrero y Pierra, en sus distintas actividades literarias y artísticas, han sobresalido, cada una con sus propios relieves.

En medio de sus actividades profesionales y literarias, dejaba Borrero gran espacio en su tiempo y en su devoción para las agonías de su pueblo. Vinculado al movimiento independentista desde siempre, estaba unido por sólidos hilos a la obra revolucionaria de Martí, a quien sirvió como emisario en distintas ocasiones, antes del estallido de 1895; después, continuó como uno de los contactos habaneros de la Revolución, hasta que descubiertas sus actividades en enero de 1896, tuvo que embarcar precipitadamente hacia Cayo Hueso. Después, desempeñó distintas misiones de la Junta Revolucionaria de Nueva York, particularmente en Costa Rica.

Una vez lograda la independencia, sirvió Borrero a Cuba, al igual que Varona, en posiciones de indeclinable responsabilidad cívica: en la estructuración de la enseñanza pública, laica y progresista. Fué Superintendente General de Escuelas, Subsecretario de Instrucción Pública, y dejó un libro de lectura donde volcó su amor a la escuela y a la infancia: *El amigo del niño*, que fué alimento de las primeras generaciones republicanas. Cuando ingresó en la Universidad, como profesor, no lo hizo en su carácter de médico, sino como educador: ocupó la cátedra de Psicología Pedagógica, demostrando así la ardiente devoción hacia la enseñanza que Varona destacara en memorable discurso.

Este gran cubano, que murió en San Diego de los Baños el 29 de marzo de 1906, merece el homenaje de veneración y reconocimiento de sus conciudadanos, tanto por lo que significa de alto ejemplo de carácter y de voluntad creadora, como por sus eminentes servicios a la libertad de nuestro pueblo y a su evolución cultural, que él, fiel a nuestra mejor tradición, nunca consideró antitéticos los términos de pueblo y cultura, sino que los identificó dentro del marco progresista y liberal de nuestro proceso histórico. La circunstancia del centenario de su nacimiento, es oportunidad propicia para ese homenaje.

Yaj, Junio 26/19

